

**Camilla
Läckberg**

El domador de leones

Los crímenes de Fjällbacka

Traducción:

CARMEN MONTES CANO



MAEVA

El caballo sintió el olor a miedo incluso antes de que la niña saliera del bosque. El jinete lo jaleaba, clavándole las espuelas en los costados, pero no habría sido necesario. Iban tan compenetrados que el animal notaba su voluntad de avanzar.

El repiqueteo sordo y rítmico de las pezuñas rompía el silencio. Durante la noche había caído una fina capa de nieve, así que el caballo iba dejando pisadas nuevas y el polvo de nieve le revoloteaba alrededor de las patas.

La niña no iba corriendo. Caminaba trastabillando, siguiendo una línea irregular, con los brazos muy pegados al cuerpo.

El jinete lanzó un grito. Un grito estruendoso que lo hizo comprender que algo fallaba. La niña no respondió, sino que siguió avanzando a trompicones.

Se estaban acercando a ella y el caballo aceleró más aún. Aquel olor ácido e intenso a miedo se mezclaba con otra cosa, con algo indefinible y tan aterrador que agachó las orejas. Quería detenerse, dar la vuelta y volver al galope a la seguridad del establo. Aquel no era un lugar seguro.

El camino se interponía entre ellos. Estaba desierto, y la nieve recién caída se arremolinaba sobre el asfalto como una bruma en suspenso.

La niña continuaba avanzando hacia ellos. Iba descalza y tenía los brazos desnudos, como las piernas, en marcado contraste con la blancura que los rodeaba; los abetos cubiertos de nieve eran

como un decorado blando a sus espaldas. Ahora estaban cerca el uno del otro, cada uno a un lado del camino, y él oyó otra vez el grito del jinete. El sonido de su voz le era muy familiar y, al mismo tiempo y en cierto modo, le resultaba extraño.

De repente, la niña se detuvo. Se quedó en medio del camino, con la nieve revoloteándole alrededor de los pies. Tenía algo raro en los ojos. Parecían dos agujeros negros en la cara.

El coche apareció como de la nada. El ruido de los frenos cortó el silencio, y luego resonó el golpe de un cuerpo que aterrizaba en el suelo. El jinete tiró de las riendas con tal vigor que el freno se le clavó en la boca. Él obedeció y se paró en seco. Ella era él y él, ella. Así lo había aprendido.

En el suelo, la niña yacía inmóvil. Con aquellos ojos tan extraños mirando al cielo.

Erica Falck se paró delante de la institución penitenciaria y por primera vez la inspeccionó con más detenimiento. En sus anteriores visitas estaba tan obsesionada pensando en quien la esperaba que no se había fijado en el edificio ni en el entorno. Pero necesitaba nutrirse de todas las impresiones para poder escribir el libro sobre Laila Kowalska, la mujer que, muchos años atrás, mató brutalmente a su marido Vladek.

Se preguntaba cómo daría cuenta de la atmósfera que reinaba en aquel edificio que recordaba a un búnker, cómo conseguiría que los lectores sintieran el hermetismo y la desesperanza. El centro penitenciario estaba a media hora en coche de Fjällbacka, apartado y solitario, rodeado de una cerca con alambre de espino, pero sin esas torres de vigilancia con agentes armados que siempre aparecían en las películas norteamericanas. Estaba construido atendiendo exclusivamente a la funcionalidad, y el objetivo era mantener a la gente encerrada en su interior.

Desde fuera, parecía totalmente vacío, pero Erica sabía que era más bien al contrario. El afán de recortes y unos presupuestos mermados hacían que se hacinaran tantos internos como fuera posible en el mismo espacio. Ningún político municipal tenía

especial interés en invertir dinero en un nuevo centro y arriesgarse a perder votos. Así que todos se conformaban con lo que había.

El frío empezó a calarle la ropa y se encaminó a la puerta de acceso. Cuando entró en la recepción, el vigilante echó una ojeada apática al carné que le enseñaba, y asintió sin levantar la vista. Luego se puso de pie y Erica lo siguió por el pasillo sin dejar de pensar en la mañana de perros que había tenido. Igual que todas las mañanas últimamente, la verdad. Decir que los gemelos estaban en la edad rebelde era quedarse corto. Por más que quisiera, no era capaz de recordar que Maja hubiera sido así de díscola cuando tenía dos años, ni a ninguna otra edad, por cierto. Noel era el peor. Siempre había sido el más inquieto de los dos, y Anton se le sumaba de mil amores. Si Noel lloraba, él lloraba también. Era un milagro que Patrik y ella conservaran los tímpanos intactos, teniendo en cuenta el nivel de decibelios que imperaba en casa.

Por no hablar del tormento que era vestirlos con la ropa de invierno. Se olisqueó discretamente debajo del brazo. Ya empezaba a oler a sudor. Cuando por fin terminó la lucha de ponerles todas las prendas de abrigo para que se fueran con Maja a la guardería, no le quedó tiempo para cambiarse. En fin, tampoco es que fuera a una fiesta, precisamente.

Se oyó un tintineo de llaves cuando el vigilante abrió la puerta y la invitó a pasar a la sala de visitas. En cierto modo, le resultaba un tanto anticuado que aún tuvieran cerraduras con llaves. Claro que, lógicamente, era más fácil averiguar el código de una puerta electrónica que robar una llave, así que quizá no fuera tan extraño que las costumbres de antaño se impusieran allí a las modernidades.

Laila estaba sentada ante la única mesa de la habitación, con la cara vuelta hacia la ventana, a través de la cual entraba el sol invernal que le encendía una aureola alrededor de la cabeza rubia. Las rejas que protegían las ventanas proyectaban cuadraditos de luz en el suelo, donde las motas de polvo se arremolinaban desvelando que no habían limpiado tan a fondo como deberían.

—Hola —dijo Erica antes de sentarse.

En realidad, se preguntaba por qué habría consentido Laila en volver a verla. Era la tercera vez que quedaban, y Erica no había avanzado nada. Al principio, Laila se negaba en redondo a recibirla. Daba igual cuántas cartas de súplica le enviara o cuántas veces la llamara. Pero, unos meses atrás, había aceptado de pronto. Seguramente agradecía que interrumpiera la monotonía de la vida en el psiquiátrico con sus visitas; y mientras Laila accediera, ella pensaba seguir acudiendo. Hacía mucho que deseaba contar una buena historia, y no podría hacerlo sin la ayuda de Laila.

—Hola, Erica. —Laila le clavó aquella mirada suya tan clara y tan extraña. La primera vez que Erica la vio pensó en los perros de tiro. Después de aquella visita, fue a mirar el nombre de la raza. Husky. Laila tenía los ojos de un husky siberiano.

—¿Por qué accedes a verme si no quieres hablar del caso? —preguntó Erica, directa al grano. Y enseguida lamentó haber usado un término tan formal. Para Laila, lo sucedido no era un caso. Era una tragedia, algo que aún la atormentaba.

La mujer se encogió de hombros.

—Las tuyas son las únicas visitas que recibo —respondió, confirmando así las suposiciones de Erica.

Sacó del bolso la carpeta con los artículos, las fotos y las notas que había tomado.

—Todavía no me he dado por vencida —dijo, y dio unos toquécitos en el archivador con los nudillos.

—Bueno, supongo que es el precio que tengo que pagar por un rato de compañía —dijo Laila, con un atisbo de sentido del humor; el mismo que Erica había advertido en alguna otra ocasión. Aquel amago de sonrisa le cambiaba la cara por completo. Erica había visto fotos suyas de la época anterior al suceso. No era guapa, aunque sí mona, de un modo diferente, interesante. Entonces tenía el pelo rubio y largo y, en la mayoría de las fotos lo llevaba suelto y liso. Ahora lo tenía muy corto, sin ningún peinado digno de tal nombre, simplemente rapado, señal de que hacía mucho que no se preocupaba por su aspecto.

Claro que, ¿por qué iba a hacerlo? Llevaba años alejada del mundo real. ¿Para quién iba a ponerse guapa allí dentro? ¿Para esas visitas que nunca recibía? ¿Para los demás internos? ¿Para los vigilantes?

—Hoy pareces cansada. —Laila examinaba a Erica a conciencia—. ¿Ha sido una mañana dura?

—La mañana y la noche, igual que anoche y, seguramente, igual que esta tarde. Pero supongo que así son las cosas cuando hay niños pequeños... —Erica dejó escapar un largo suspiro y trató de relajarse. Ella misma notaba la tensión después del estrés de aquella mañana.

—Peter se portaba siempre tan bien... —dijo Laila, y se le empañaron los ojos—. No se puso caprichoso ni un solo día.

—Era muy callado, según me dijiste la última vez.

—Sí, al principio creíamos que le pasaba algo malo. Hasta que cumplió los tres años no dijo ni mu. Yo quería llevarlo a un especialista, pero Vladek se negaba. —Resopló, y cruzó sin darse cuenta las manos, que antes tenía relajadas encima de la mesa.

—¿Qué pasó cuando cumplió los tres años?

—Pues, un día, empezó a hablar sin más. Frases enteras. Con mucho vocabulario. Ceceaba un poco, eso sí, pero, por lo demás, era como si hubiera hablado desde siempre. Como si los años de silencio no hubieran existido.

—¿Y nunca supisteis por qué?

—No. ¿Quién iba a explicarnos el porqué? Vladek no quiso llevarlo a ningún especialista. Siempre decía que no debíamos mezclar a ningún desconocido en los problemas de la familia.

—¿Y tú? ¿Por qué crees que Peter estuvo tanto tiempo sin hablar?

Laila giró la cara hacia la ventana y la luz volvió a dibujarle un aura alrededor del pelo rubio. Como un mapa de todo el sufrimiento que había tenido que padecer.

—Supongo que se dio cuenta de que lo mejor era pasar tan inadvertido como fuera posible. No hacerse notar en absoluto. Peter era un niño muy listo.

—¿Y Louise? ¿Ella sí empezó a hablar pronto? —Erica contenía la respiración. Hasta aquel momento, Laila se había hecho la sorda ante las preguntas sobre su hija.

Y así fue también en esta ocasión.

—A Peter le encantaba ordenar cosas. Le gustaba que hubiera orden y concierto. Cuando, de muy niño, jugaba con los juegos de construcción, levantaba torres perfectas, y se ponía tan triste cuando... —Laila calló de repente.

Erica la vio apretar los dientes y trató de animarla con la fuerza del pensamiento a que siguiera hablando, a que liberase lo que con tanto celo guardaba dentro. Pero pasó la oportunidad. Exactamente igual que en las visitas anteriores. A veces le daba la impresión de que Laila se encontraba al borde de un precipicio y, en realidad, deseaba arrojar al fondo. Como si quisiera dejarse caer pero se lo impidiera alguna fuerza superior que la obligara a retirarse otra vez a la seguridad de las sombras.

No era casualidad que Erica pensara en sombras, precisamente. Desde la primera vez que se vieron, tuvo la sensación de que Laila habitaba un mundo de sombras. Una vida que ocurría paralela a la que había tenido, a la vida que se esfumó en una oscuridad infinita aquel día, hacía ya tantos años.

—¿No tienes a veces la sensación de que estás perdiendo la paciencia con los niños? ¿De que estás a punto de rebasar ese límite invisible? —El interés de Laila parecía sincero de verdad, pero, además, le resonaba en la voz un tono suplicante.

No era una pregunta fácil de responder. Todos los padres han sentido alguna vez que rozaban la frontera entre lo permitido y lo prohibido, y han contado hasta diez mientras las ideas de lo que podrían hacer para acabar con las peleas y los gritos les estallaban en la cabeza. Pero había una diferencia abismal entre pensarlo y hacerlo. Así que Erica negó con la cabeza.

—Yo jamás podría hacerles daño.

Laila no respondió enseguida. Se quedó mirando a Erica con aquellos ojos de un azul intenso. Pero cuando el vigilante llamó a la puerta para anunciarles que había terminado la visita, le dijo en voz baja, sin apartar la vista de ella:

—Eso es lo que tú te crees.

Erica pensó en las fotos que llevaba en la carpeta y se estremeció de espanto.

Tyra estaba cepillando a *Fanta* con pasadas rítmicas. Como siempre, se sentía mejor cuando tenía a los caballos cerca. En realidad, habría preferido encargarse de *Scirocco*, pero Molly no permitía que nadie la sustituyera. Le parecía tan injusto... Como sus padres eran los dueños de las caballerizas, siempre se salía con la suya.

Tyra adoraba a *Scirocco* desde la primera vez que lo vio. La miraba como si la comprendiera. Era una comunicación sin palabras que nunca había experimentado con nadie, ni ser humano ni animal. Claro que, ¿con quién iba a comunicarse? ¿Con su madre? ¿O con Lasse? Fue pensar en Lasse y empezar a cepillar a *Fanta* con más energía, pero la gran yegua blanca no parecía tener nada en contra. Al contrario, daba la impresión de estar disfrutando con cada pasada, resoplaba y movía la cabeza de arriba abajo, como si estuviera haciendo reverencias. Por un momento, le pareció que la estuviera invitando a bailar; Tyra sonrió y le acarició el hocico grisáceo.

—Tú también eres muy bonita —dijo, como si el animal hubiera podido leerle los pensamientos sobre *Scirocco*.

Luego notó una punzada de remordimientos. Se miró la mano, que aún tenía en el morro de *Fanta*, y comprendió lo mezquina que era su envidia.

—Echas de menos a Victoria, ¿verdad? —le susurró, y apoyó la cabeza en el cuello del caballo.

Victoria, que era la que se encargaba de los cuidados de *Fanta*. Victoria, que llevaba varios meses desaparecida. Victoria, que siempre había sido —que seguía siendo— su mejor amiga.

—Yo también la echo en falta. —Tyra sintió en la mejilla la suave crin de la yegua, pero no le reportó el consuelo que esperaba.

En realidad, debería estar en clase de matemáticas, pero hoy no se veía capaz de poner buena cara y controlar la añoranza. Por

la mañana fingió que se dirigía al autobús escolar cuando, en realidad, se había ido en busca de consuelo a las caballerizas, el único lugar donde podía encontrarlo. Los mayores no entendían nada. Solo estaban pendientes de su propia preocupación, de su dolor.

Victoria era más que su mejor amiga. Era como una hermana. Congeniaron desde el primer día de guardería y, a partir de entonces, fueron inseparables. No había nada que no hubieran compartido. ¿O tal vez sí? Tyra ya no estaba segura. Los meses previos a su desaparición algo cambió. Era como si entre ellas se hubiera elevado un muro. Tyra no quería ponerse pesada. Se dijo que, en su momento, Victoria le contaría de qué iba todo aquello. Pero pasó el tiempo; y Victoria no estaba.

—Seguro que vuelve, ya verás —le dijo a *Fanta*, aunque en su fuero interno no las tenía todas consigo. Nadie lo decía, pero todos sabían que tenía que haber ocurrido algo grave. Victoria no era la clase de chica que desaparece por gusto, si es que existía esa clase de chica. Estaba demasiado satisfecha con la vida y era demasiado poco aventurera. Lo que más le gustaba era estar en casa, o en las caballerizas, y ni siquiera le apetecía salir con las amigas por Strömstad los fines de semana. Y su familia no era ni de lejos como la de Tyra. Eran todos muy buenos, incluso el hermano mayor. No le molestaba llevar a su hermana a las caballerizas, aunque fuera muy temprano. Tyra siempre se había encontrado a gusto en su casa. Se sentía como un miembro más de la familia. En ocasiones, hasta deseaba que fuera su familia. Una familia normal y corriente.

Fanta resopló un poco y Tyra notó el aliento del animal. Unas lágrimas humedecieron el morro de la yegua, y Tyra se secó rápidamente los ojos con el dorso de la mano.

De repente, oyó un ruido fuera de las caballerizas. También *Fanta* lo oyó, puso las orejas tiesas y levantó la cabeza tan de improviso que le dio un golpe a Tyra en la barbilla. El sabor agrio de la sangre le llenó la boca enseguida. Soltó un taco y, apretándose bien los labios con la mano, fue a ver qué pasaba.

El sol la cegó al abrir la puerta, pero los ojos no tardaron en acostumbrarse a la luz y vio que Marta venía galopando a toda velocidad a lomos de *Valiant*. Frenó con tal violencia que el caballo casi se encabrita. Iba gritando algo. Al principio, Tyra no la oía bien, pero Marta siguió a voz en cuello. Y al final, Tyra recibió el mensaje:

—¡Es Victoria! ¡La hemos encontrado!

Patrik Hedström disfrutaba de la tranquilidad delante del escritorio de su despacho en la comisaría de Policía de Tanumshede. Había empezado temprano, así que se había ahorrado el episodio de vestir a los niños y llevarlos a la guardería, una tarea que se había convertido en una verdadera tortura, dada la transformación que habían sufrido los gemelos, que habían pasado de ser dos primores a parecerse a Damien, el niño de *La profecía*. No se explicaba cómo era posible que dos personitas tan pequeñas pudieran robarle a uno tanta energía. El momento que más le gustaba pasar con ellos a estas alturas era el de la noche, cuando se sentaba un rato en su cuarto mientras dormían. Entonces era capaz de disfrutar del amor puro y profundo que le inspiraban, sin rastro de la frustración absoluta que sentía a veces cuando los oía gritar: «¡QUE NOOOOO, QUE NO QUIERO!».

Con Maja las cosas siempre eran mucho más fáciles. Tanto que, en ocasiones, le entraban remordimientos, porque Erica y él les dedicaban a los gemelos casi toda su atención. Maja quedaba a veces en un segundo plano. Era tan buena y se le daba tan bien entretenerse sola que, simplemente, daban por hecho que no necesitaba nada. Además, con lo pequeña que era, tenía una habilidad mágica para calmar a sus hermanos incluso en los peores momentos. Pero eso no era justo, y Patrik decidió que, aquella noche, Maja y él pasarían un buen rato leyendo un cuento.

En ese momento sonó el teléfono. Respondió distraído, aún pensando en Maja, pero no tardó en reaccionar y ponerse derecho en la silla.

—¿Cómo? —Siguió escuchando—. De acuerdo, vamos para allá ahora mismo.

Se puso el anorak mientras salía y, ya en el pasillo, gritó:

—¡Gösta! ¡Mellberg! ¡Martin!

—Pero ¿qué pasa? ¿Es que vamos a apagar un incendio? —gruñó Bertil Mellberg, que, curiosamente, fue el primero en salir de su despacho. Pronto se le unieron Martin Molin y Gösta Flygare, y también la secretaria de la comisaría, Annika, que estaba en su puesto de recepción, el más alejado del despacho de Patrik.

—Han encontrado a Victoria Hallberg. La ha atropellado un coche en el acceso este de Fjällbacka y ya va en ambulancia camino del hospital de Uddevalla. Gösta, tú y yo vamos para allá ahora mismo.

—Madre mía —dijo Gösta, que volvió corriendo a su despacho para ponerse también el anorak. Este invierno nadie se atrevía a salir sin una prenda de abrigo, por urgente que fuera la situación.

—Martin, Bertil y tú podéis ir al lugar del accidente a hablar con el conductor del vehículo —continuó Patrik—. Llama también a los técnicos y diles que se reúnan allí con vosotros.

—Oye, sí que estás mandón hoy —masculló Mellberg—. Pero sí, claro, dado que el jefe de la comisaría soy yo, es lógico que sea yo quien acuda al lugar del accidente. Es lo que corresponde.

Patrik soltó un suspiro para sus adentros, pero no dijo nada. Con Gösta pisándole los talones, se apresuró hacia uno de los dos coches policiales, se sentó al volante y puso el motor en marcha.

Vaya asco de tiempo, pensó cuando se le fue el coche en la primera curva. No se atrevía a ir tan rápido como le habría gustado. Había empezado a nevar otra vez y no quería correr el riesgo de salirse de la carretera. Dio en el volante un puñetazo de impaciencia. Estaban en enero y, teniendo en cuenta lo largo que era el invierno sueco, cabía esperar que aquel infierno se prolongase otros dos meses por lo menos.

—Tranquilo —dijo Gösta, y se agarró al asidero del techo—. ¿Qué te han dicho por teléfono? —El coche patinó; Gösta contuvo la respiración.

—No mucho. Solo que se había producido un accidente y que la chica atropellada era Victoria. Parece que un testigo la ha reconocido. Por lo visto, la pobre no ha salido muy bien parada, y creo que, antes de que la atropellara el coche, ya tenía algunas lesiones.

—¿De qué tipo?

—No lo sé, ya lo veremos cuando lleguemos.

Menos de una hora después aparcaban delante del hospital de Uddevalla. Entraron medio a la carrera en urgencias y enseguida pudieron hablar con un médico que, según la identificación que llevaba en la bata, se llamaba Strandberg.

—Qué bien que ya estéis aquí. La chica está a punto de entrar en quirófano, pero no sé si saldrá de la operación. Nos enteramos de que se había denunciado su desaparición y, en circunstancias tan extraordinarias, hemos pensado que lo mejor sería que vosotros hablarais con la familia. Supongo que ya habréis estado en contacto con ellos, ¿verdad?

Gösta asintió.

—Los llamo ahora mismo.

—¿Tienes alguna información de lo ocurrido? —preguntó Patrik.

—Que la han atropellado, poco más. Sufre hemorragias internas graves y un trauma craneal cuyo alcance aún no hemos calibrado. La mantendremos sedada un tiempo después de la operación, para minimizar el daño cerebral. Si es que sobrevive, claro está.

—Tengo entendido que ya presentaba lesiones antes de que la atropellaran.

—Sí, bueno... —Strandberg no se decidía a continuar—. El caso es que no sabemos con exactitud cuáles eran las lesiones antiguas. Pero... —Se armó de valor, parecía estar buscando las palabras adecuadas—. Le faltan los dos ojos. Y la lengua.

—¿Que le faltan? —Patrik lo miraba incrédulo, y con el rabillo del ojo vio que Gösta también estaba atónito.

—Sí, le han cortado la lengua y los ojos... Bueno, no sé cómo, pero se los han sacado.

Gösta se llevó la mano a la boca. Tenía tan mala cara que parecía que se hubiera puesto verde.

Patrik tragó saliva. Por un momento, se preguntó si aquello no sería una pesadilla de la que iba a despertar de un momento a otro. Que pronto comprobaría que no era más que un sueño, y luego se daría media vuelta y seguiría durmiendo. Pero no, era la realidad. Una realidad espantosa.

—¿Cuánto calculáis que durará la operación?

Strandberg meneó la cabeza.

—Es difícil saberlo. Como decía, sufre graves hemorragias internas. Dos o tres horas. Como mínimo. Podéis esperar aquí —dijo señalando una amplia sala de espera.

—Bueno, pues voy a llamar a la familia —dijo Gösta, y se alejó un poco por el pasillo.

Patrik no le envidiaba aquella tarea. La alegría primera de saber que Victoria había aparecido no tardaría en convertirse en la misma desesperación y la misma angustia que la familia Hallberg había tenido que soportar los últimos cuatro meses.

Se sentó en una de las sillas de duro asiento, imaginándose las lesiones de Victoria. Pero vino a interrumpir sus pensamientos una enfermera estresada que se asomó buscando a Strandberg. Patrik apenas tuvo tiempo de reaccionar a lo que dijo cuando el médico salió de la sala a toda prisa. En el pasillo se oía la voz de Gösta, que hablaba por teléfono con los familiares de Victoria. La cuestión era qué noticias les darían.

Ricky observaba en tensión la cara de su madre mientras esta hablaba por teléfono. Trataba de interpretar sus gestos, de oír lo que decía. El corazón le martilleaba tan fuerte en el pecho que apenas podía respirar. Su padre estaba a su lado, y Ricky sospechaba que a él le latía igual de fuerte. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si lo hubieran parado en aquel preciso momento. Estaba totalmente atento a la conversación pero, a la vez, oía perfectamente todos los demás sonidos,

notaba el tacto del hule en las manos que tenía cruzadas sobre la mesa, el pelo que le hacía cosquillas debajo del cuello, el suelo de linóleo bajo los pies.

La policía había encontrado a Victoria. Eso fue lo primero que supieron. Su madre reconoció el número enseguida y se lanzó sobre el teléfono, y Ricky y su padre, que estaban comiendo sin apetito, se interrumpieron cuando ella respondió:

—¿Qué ha pasado?

Ni frases de cortesía ni saludos ni tampoco su nombre, que era como solía responder la madre de Ricky. Últimamente, todas esas cosas —las frases de cortesía, las normas sociales, lo que había que hacer, lo que debería hacerse— se habían convertido en algo del todo insignificante, algo que pertenecía a la vida anterior al momento en que Victoria desapareció.

Venían sin cesar amigos y vecinos, les llevaban comida y palabras bienintencionadas, pero no se quedaban mucho rato. Los padres de Ricky no aguantaban las preguntas, la amabilidad, la preocupación y la compasión que traían en los ojos. O el alivio, siempre el mismo alivio de no ser ellos. De que sus hijos estuvieran en casa, a buen recaudo.

—Vamos ahora mismo.

La madre colgó y dejó el móvil en la encimera, que era de acero, de las antiguas. Llevaba años diciéndole al padre que la cambiara por otra más moderna, pero él respondía en un murmullo que no era de recibo cambiar una cosa que estaba impecable y que funcionaba perfectamente. Y ella tampoco insistía, pero sacaba a relucir el tema de vez en cuando, con la esperanza de que él cambiara de opinión un buen día.

Ricky no creía que su madre se preocupara ya por el tipo de encimera que tenían. Qué raro, lo rápido que las cosas podían resultar insignificantes de pronto. Todo, menos Victoria.

—¿Qué han dicho? —preguntó el padre. Él se había levantado, pero Ricky seguía sentado, mirándose los puños cerrados. La expresión de la madre les indicaba que, en realidad, no querían oír lo que iba a decirles.

–La han encontrado. Pero sufre lesiones múltiples y está en el hospital de Uddevalla. Gösta dice que nos demos prisa. Y no sé nada más.

Se echó a llorar y se desplomó, como si le fallaran las piernas. El padre apenas tuvo tiempo de sujetarla, la acarició y la calmó, aunque también a él le corrían las lágrimas por las mejillas.

–Cariño, deberíamos irnos. Ponte el chaquetón y nos iremos enseguida. Ricky, ayuda a mamá mientras yo arranco el coche.

Ricky asintió y se le acercó. Muy despacio, le rodeó los hombros con el brazo y la llevó hacia la entrada. Allí le dio el anorak rojo de plumas y le ayudó a ponérselo, igual que se ayuda a un niño. Primero un brazo, luego el otro, después le subió la cremallera.

–Ya está –dijo, y le puso las botas delante. Se agachó y le ayudó a ponérselas. Luego se abrigó a toda prisa y abrió la puerta. Oyó que su padre arrancaba el coche, vio cómo rascaba nervioso las ventanillas y la escarcha se quedaba flotando a su alrededor como una nube y se mezclaba con el vaho del aliento.

–¡Mierda de invierno! –gritó, rascando tan fuerte que iba a rayar el cristal–. ¡Puto invierno de mierda!

–Siéntate en el coche, papá, ya lo hago yo –dijo Ricky, que se hizo con el rascador después de sentar a su madre en el asiento trasero.

Su padre obedeció sin protestar. Siempre habían dejado que pensara que él era quien mandaba en la familia. Los tres –él, su madre y Victoria– tenían un acuerdo tácito y fingían que Markus, su padre, daba las órdenes, cuando todos sabían que era demasiado bueno. Siempre era Helena, su madre, la que se las arreglaba para conseguir que las cosas salieran como ella quería. Cuando Victoria desapareció, ella se desinfló tan rápido que Ricky se preguntaba a veces si de verdad fue alguna vez aquella mujer tan dispuesta que él recordaba, o si siempre había sido ese ser abatido y acobardado que iba en el asiento trasero mirando al vacío. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, tras la llamada de la Policía le veía algo en los ojos, una mezcla de expectación y de pánico.

Ricky se sentó al volante. Era extraño cómo se rellenaban los huecos en la familia; cómo él, de forma instintiva, había ocupado el sitio de su madre en el coche. Como si tuviera una fuerza de la que ni siquiera fuera consciente.

Victoria siempre le decía que era como el toro *Ferdinando*. Un buenazo, un poco plasta, pero, a la hora de la verdad, era capaz de hacerle frente a cualquiera. Él siempre la amenazaba de broma por lo de buenazo y plasta, pero en el fondo, le gustaba su descripción. Le encantaba ser el toro *Ferdinando*, aunque ya no tenía tranquilidad suficiente como para sentarse a oler las flores. Eso solo podría hacerlo cuando volviera Victoria.

Empezaron a rodarle las lágrimas y se las secó con la manga del chaquetón. Hasta el momento, no se había permitido pensar que su hermana no iba a volver. De haberlo hecho, el mundo se habría hundido a su alrededor.

Ahora, Victoria había vuelto. Pero no sabían qué les esperaba en el hospital. Y tenía el presentimiento de que era algo que no querían saber.

Helga Persson miró por la ventana de la cocina. Antes había visto a Marta acercarse galopando por la explanada, pero ahora todo estaba en calma. Llevaba tiempo viviendo allí y conocía muy bien las vistas, aunque habían cambiado un poco a lo largo de los años. Allí seguía el viejo granero, pero habían derribado el cobertizo donde ella atendía las vacas. En su lugar se alzaban ahora las caballerizas que Jonas y Marta construyeron para la escuela de equitación.

Para ella era una alegría que su hijo hubiera decidido instalarse tan cerca, que fueran vecinos. Unos cientos de metros separaban las dos viviendas y, dado que él llevaba la clínica veterinaria desde casa, se pasaba a verla con mucha frecuencia. Cada vez que la visitaba le alegraba el día, y eso le venía de perlas.

—¡Helga! ¡Heeelgaaaa!

Cerró los ojos sin moverse de donde estaba, al lado del fregadero. La voz de Einar llenó cada rincón de la casa, la sintió rodeándola entera, y Helga apretó los puños. Pero ya no le quedaba ni rastro de voluntad de huir. Él se la había quitado a golpes muchos años atrás. A pesar de que ahora no podía valerse por sí mismo y dependía de ella por completo, no era capaz de irse. Ya ni siquiera se lo planteaba. ¿Adónde podría ir?

—¡HEELGAAA!

Solo había conservado la fuerza en la voz. Las enfermedades, la amputación de las dos piernas, consecuencia de lo mal que cuidaba la diabetes, le habían robado la fortaleza física; en cambio la voz seguía siendo igual de exigente. Aún hoy la obligaba a someterse con la misma eficacia con que la obligaban antaño sus puños. El recuerdo de los golpes, la sensación de costillas rotas y moratones doloridos eran tan vívidos que, solo con la voz, la invadía el pavor y el miedo a no sobrevivir la próxima vez.

Se irguió un poco, respiró hondo y respondió también en voz alta:

—¡Ya voy!

Subió la escalera tan rápido como pudo. A Einar no le gustaba esperar, nunca le gustó, pero Helga no se explicaba a qué venía tanta prisa. Él no tenía otra cosa que hacer que pasarse el día sentado quejándose de todo, desde el tiempo hasta el Gobierno.

—¡Aquí hay una gotera! —dijo cuando Helga llegó arriba.

Ella no respondió. Se remangó y se le acercó para comprobar si la fuga era grande. Sabía que él disfrutaba. Ya no la tenía prisionera con la violencia, sino con su necesidad de cuidados, unos cuidados que debería haber reservado para los hijos que no pudo tener, los hijos que él le sacaba del cuerpo a golpe limpio. Solo uno sobrevivió, y había momentos en los que se preguntaba si no habría sido mejor haber perdido también a ese niño en un torrente de sangre entre las piernas. Por otro lado, no sabía qué habría sido de ella si no lo hubiera tenido. Jonas era su vida, era todo para ella.

Einar tenía razón. La sonda rectal tenía una fuga. Y bien hermosa, además. Tenía la mitad de la camisa empapada y embadurnada.

—¿Por qué no has venido enseguida? —dijo Einar—. ¿Es que no me oías? No creo que tengas nada más importante que hacer. —Se la quedó mirando con esos ojos acuosos.

—Estaba en el cuarto de baño. He venido en cuanto he podido —respondió, y empezó a desabrocharle la camisa. Le sacó los brazos con cuidado, para no mancharlo más de la cuenta.

—Tengo frío.

—Ahora te pongo una camisa limpia. Pero antes tengo que lavarte —dijo Helga con toda la paciencia de que fue capaz.

—Voy a pillar una neumonía.

—Tardaré lo menos posible. No creo que te dé tiempo de resfriarte.

—Vaya, ahora también tienes el título de enfermera, ¿no? Puede que incluso sepas más que los médicos.

Ella guardó silencio. Einar solo quería desequilibrarla. Lo que más satisfacción le daba era verla llorar, verla suplicar y rogar que se callara. Entonces lo colmaba la paz, y una satisfacción que le arrancaba a sus ojos un brillo extraño. Pero hoy no pensaba darle esa alegría. Últimamente se las arreglaba para no caer en la trampa. Seguramente ya había llorado casi todas las lágrimas en todos aquellos años.

Helga fue a buscar agua en el barreño que tenía en el cuarto de baño del dormitorio. A aquellas alturas, sabía de memoria lo que tenía que hacer: llenar la palangana con agua y jabón, mojar el paño, limpiarle las partes sucias, ponerle una camisa limpia. Helga sospechaba que él mismo se encargaba de derramar el contenido de la sonda. Lo había comentado con el médico, que le aseguró que era imposible que la sonda se rompiera tan a menudo. Pero seguía rompiéndose. Y ella seguía limpiándolo.

—El agua está demasiado fría. —Einar se estremeció cuando el paño le rozó la barriga.

—Voy a poner más agua caliente. —Helga se levantó, fue al cuarto de baño, puso la palangana debajo del grifo, abrió el del agua caliente y volvió.

—¡Ay! ¡Está hirviendo! ¿Es que quieres achicharrarme, so bruja? —Einar gritó de tal manera que Helga dio un salto. Pero no dijo nada. Con la palangana en la mano, fue al cuarto de baño a llenarla de agua fría, comprobó que el agua jabonosa estuviera solo un poco por encima de la temperatura del cuerpo y volvió al dormitorio. Esta vez, Einar no dijo nada cuando le rozó la piel con el paño.

—¿Cuándo va a venir Jonas? —preguntó Einar mientras ella estrujaba el paño y el agua se teñía de un color marrón claro.

—No lo sé. Está trabajando. En casa de los Andersson. Tienen una vaca que va a parir y el ternero no está bien colocado.

—Pues dile que venga a verme cuando llegue —dijo Einar, y cerró los ojos.

—Sí —dijo Helga en voz baja, y volvió a estrujar el paño.

Gösta los vio acercarse por el pasillo del hospital. Iban medio corriendo hacia él, y tuvo que combatir el impulso de correr también hacia ellos. Sabía que llevaba escrita en la cara la noticia que iban a recibir, y así era. En cuanto su mirada se cruzó con la de Helena, esta buscó el brazo de Markus y se desplomó en el suelo. El eco del grito de la mujer quedó resonando en el pasillo y silenció todos los demás ruidos.

Ricky estaba como helado. Blanco como la cera, se había quedado detrás de su madre, mientras su padre continuaba adelante. Gösta tragó saliva y fue a su encuentro. Markus pasó de largo como sin ver, como si él no lo hubiera entendido, como si no hubiera visto el mismo mensaje que su mujer en la cara de Gösta. Continuó pasillo arriba, sin rumbo fijo, al parecer.

Gösta no lo detuvo, sino que se dirigió a Helena y le ayudó despacio a ponerse de pie. Luego la abrazó. No era algo que él hiciera a menudo. Solo había abrazado en su vida a dos personas: a su mujer, y a aquella niña que llegó a sus vidas un tiempo, cuando

era pequeña, y que ahora, por esos caminos inescrutables del destino, había vuelto a su vida otra vez. Así que para él no era nada natural estar así abrazado a una mujer a la que conocía desde hacía muy poco tiempo. Sin embargo, desde que Victoria desapareció, Helena lo había llamado a diario, unas veces esperanzada, otras resignada, furiosa, triste, para preguntar por su hija. Lo único que él podía ofrecerle eran más interrogantes y más preocupación. Y ahora había extinguido definitivamente toda esperanza. Darle un abrazo y dejar que le llorase en el hombro era lo mínimo que podía hacer.

La mirada de Gösta se cruzó con la de Ricky. Aquel chico tenía algo muy especial. Era la espina dorsal que había mantenido en pie a la familia de Victoria los últimos meses. Pero ahora que lo tenía allí delante, con la cara como la cera y la mirada vacía, lo vio como el muchacho que era. Y Gösta sabía que Ricky había perdido para siempre la inocencia que solo es dada a los niños, la confianza en que las cosas al final se arreglan.

—¿Podemos verla? —dijo Ricky con la voz empañada. Gösta notó que Helena se ponía tensa. Se separó de él, se secó las lágrimas y la nariz en la manga del abrigo y lo miró suplicante.

Gösta clavó la vista en un punto lejano. ¿Cómo iba a explicarles que no querían ver a Victoria? Y por qué.

El despacho entero estaba atestado de papeles. Apuntes pasados a limpio, notas adhesivas, artículos, copias de fotos. Parecía un caos absoluto, pero a Erica le encantaba trabajar así. Quería estar rodeada de toda la información, de todas las ideas que tenía acerca de un caso cuando trabajaba en un nuevo libro.

Sin embargo, en esta ocasión podía ser que se estuvieran ahogando. Disponía de montones de material y de antecedentes, pero solo de fuentes secundarias. Lo buenos que fueran sus libros, lo bien que fuera capaz de relatar un caso de asesinato y de dar respuesta a todas las preguntas que suscitaba dependía de que obtuviera o no información de primera mano. Hasta el momento, siempre lo había conseguido. A veces, había sido

fácil convencer a las personas afectadas. Algunas incluso se habían mostrado dispuestas a hablar, quizá para atraer la atención de los medios de comunicación y disfrutar de su momento bajo la luz de los focos. Pero en otras ocasiones le llevó algún tiempo, tuvo que ingeniárselas y explicarles por qué quería desempolvar otra vez el pasado, cómo quería contar su historia... Al final, siempre lo conseguía. Hasta ahora. Lo de Laila no la llevaba a ninguna parte. En cada visita trató de que le contara lo que había pasado, pero sin éxito. A Laila le gustaba hablar, pero no de ese tema.

Con un sentimiento de frustración, puso los pies encima de la mesa y dejó vagar las ideas. Podría llamar a Anna. A ella se le ocurrían buenas soluciones y tenía puntos de vista novedosos. Claro que ya no era la de siempre. Había sufrido mucho los últimos años, y las desgracias no parecían tener fin. Ciertamente era que parte de lo sucedido lo había provocado ella misma, pero Erica no podía juzgar a su hermana. Comprendía por qué había ocurrido. La cuestión era si Dan lograría comprenderlo y perdonarla algún día. Erica lo dudaba, desde luego. Conocía a Dan de toda la vida, de jóvenes incluso fueron novios, y sabía lo testarudo que podía ser. La tozudez y el orgullo que lo caracterizaban se volverían contra él en este caso. Y el resultado estaba claro: todos eran desgraciados, Anna, Dan, los niños, y sí, ella también. Habría querido que su hermana por fin pudiera disfrutar algo de felicidad en esta vida, después del infierno que había sufrido con Lucas, el padre de sus hijos.

Era tan injusto lo distintas que habían resultado sus vidas, pensaba Erica. Ella tenía un matrimonio firme y lleno de amor, tres hijos sanos y una carrera de escritora que iba cada vez mejor. En cambio Anna había tenido que sufrir una sucesión de desgracias, y Erica no tenía ni idea de cómo ayudarle. Ese había sido siempre su papel: ella era la protectora, la que animaba y cuidaba a su hermana. Anna era la que irradiaba alegría de vivir, la salvaje. Pero la vida la había atemperado y la había dejado reducida a una carcasa, a un ser tranquilo pero desorientado. Erica echaba de menos a la Anna de antes.

Esta noche la llamo, se dijo, y se puso a hojear un puñado de artículos. Reinaba un silencio de lo más agradable y se alegraba de poder trabajar allí. Nunca le interesó especialmente tener compañeros de trabajo, ni un despacho al que ir. Le encantaba estar sola consigo misma.

Lo absurdo era que ya tenía ganas de que llegara la hora de recoger a Maja y a los gemelos. ¿Cómo era posible tener sentimientos tan encontrados sobre la rutina de ser madre? Aquella montaña rusa con tantas subidas y bajadas la tenía totalmente agotada. Apretar fuerte el puño en el bolsillo para, un segundo después, querer comérselos a besos. Y sabía que a Patrik le pasaba lo mismo.

Y al pensar en Patrik y en los niños, pensó también sin querer en la conversación con Laila. Era del todo inconcebible. ¿Cómo podía uno transgredir ese límite invisible pero incuestionable de lo que era o no permisible hacer? ¿No era esa la esencia del ser humano, la capacidad de contener los instintos más primitivos y hacer lo correcto y lo socialmente aceptado por el grupo? ¿Seguir las leyes y las normas de la existencia humana gracias a las cuales funcionaba la sociedad?

Erica siguió hojear los artículos. Lo que le había dicho a Laila aquella mañana era verdad. Ella sería incapaz de hacer daño a sus hijos. Ni siquiera en los peores momentos, cuando sufría la depresión posparto después del nacimiento de Maja, ni en medio del caos que supuso el nacimiento de los gemelos, ni en las noches de vigilia ni en los ataques de rabia que, en ocasiones, se le hacían eternos, ni siquiera cuando los niños repetían «¡No!» cada vez que respiraban, se le pasó por la cabeza nada parecido. Pero en el montón de papeles que tenía en el regazo, en las fotos que había encima del escritorio y en sus apuntes había pruebas de que ese límite podía transgredirse.

Sabía que las gentes de Fjällbacka llamaban a la casa de las fotos la «Casa de los Horrores». No era un nombre muy original que digamos, pero resultaba muy adecuado. Después de la tragedia, nadie había querido comprarla, y había ido deteriorándose con los años. Erica alargó el brazo en busca de una foto de

la casa tal y como era entonces. No había el menor indicio de lo que había ocurrido allí. Era como cualquier otra casa, blanca con las ventanas grises, algo apartada en la cima de una colina y rodeada de unos cuantos árboles. Se preguntaba cómo estaría ahora y si se habría estropeado mucho.

Luego se sentó bien derecha en la silla, puso la fotografía en la mesa. ¿Por qué no había ido allí? Siempre iba al lugar de los hechos. Siempre lo hizo, con todos los libros que había escrito hasta ahora, pero no en esta ocasión. Algo la había mantenido alejada de allí. Ni siquiera fue una decisión consciente; simplemente, no había ido a la casa.

En todo caso, tendría que ser mañana. Ahora tocaba ir a buscar a las fierecillas. Se le encogió el estómago como por una mezcla de ganas y de cansancio.

La vaca estaba siendo muy valiente. Jonas estaba empapado de sudor, después de varias horas tratando de colocar bien al ternero. El animal se resistía, no comprendía que querían ayudarle.

—*Bella* es nuestra mejor vaca —dijo Britt Andersson, que, junto con Otto, su marido, llevaba la granja que había a unos kilómetros de la propiedad de Hans y Marta. Tenían un negocio pequeño pero, por el momento, vigoroso, cuya principal fuente de ingresos eran las vacas. Britt era muy emprendedora, y completaba los beneficios de la venta de leche a la cooperativa Arla con los ingresos de la modesta tienda de la granja, en la que vendía queso casero. Y ahora se la veía preocupada por la vaca.

—Sí, *Bella* es una prenda de vaca —dijo Otto, que se rascaba la nuca preocupado. Era el cuarto ternero que les daba, y con los tres anteriores las cosas fueron como una seda. Pero esta cría se había atravesado y se resistía a salir, y *Bella* estaba cada vez más exhausta.

Jonas se secó el sudor de la frente y se preparó para hacer un nuevo intento de tirar bien del ternero para que saliera y lo vieran caer sobre la paja, pegajoso e inestable. No debía darse por vencido, porque entonces morirían los dos, la vaca y el ternero.

Acarició la piel suave de *Bella* para tranquilizarla. El animal respiraba entrecortadamente y lo miraba con los ojos desorbitados.

—Vamos, bonita, vamos a ver si sacamos a este ternero —dijo, y se colocó de nuevo los largos guantes de plástico. Despacio pero con resolución, metió otra vez la mano por el estrecho canal, hasta que tocó al ternero. Tenía que agarrarle bien una pata y dar un buen tirón para girarlo, pero con cuidado, para no hacerle daño.

—Ya tengo una pezuña —dijo, y vio con el rabillo del ojo que Britt y Otto se asomaban para ver mejor—. Tranquila, bonita, tranquila.

Hablaba con voz baja y suave al mismo tiempo que empezaba a tirar. Nada. Tiró un poco más fuerte, pero no podía mover al ternero.

—¿Cómo va? ¿Se da la vuelta? —preguntó Otto. Se estaba rascando tanto el pelo que Jonas pensó que se le quedaría una calva.

—Todavía no —respondió Jonas, apretando los dientes. Le corría el sudor por la cara y un pelo del rubio flequillo se le había metido en el ojo, así que tenía que parpadear continuamente. Pero en aquellos momentos no podía pensar en nada, salvo en sacar al ternero. La respiración de *Bella* era cada vez más superficial y el animal dejó caer la cabeza en el lecho de paja, como si estuviera a punto de rendirse.

—Me da miedo romperle algo —dijo, y tiró todo lo que se atrevió. ¡Y entonces! Tiró un poco más, contuvo la respiración, con la esperanza de no oír el ruido de un hueso al romperse. Luego notó que el ternero se desencajaba de la posición en la que se encontraba preso. Unos cuantos tirones más y allí estaba el ternero, en el suelo, débil pero con vida. Britt se acercó corriendo y empezó a frotarlo con la paja. Con movimientos firmes y cariñosos, fue limpiándolo y dándole un masaje hasta que el animal empezó a reanimarse.

Bella, en cambio, se quedó muy quieta, tumbada de costado. No reaccionó al ver que había salido el ternero, la vida que ella había llevado en sus entrañas durante más de nueve meses. Jonas

la rodeó y se le sentó cerca de la cabeza, y le retiró unas briznas de paja que tenía cerca del ojo.

—Ya está. Lo has hecho muy bien, preciosa.

Le acarició el suave pelo negro y siguió hablando con ella exactamente igual que durante todo el proceso. En un primer momento el animal no reaccionó. Luego, levantó la cabeza como pudo y observó al ternero.

—Tienes una cría preciosa. Mira, *Bella* —dijo Jonas sin dejar de acariciarla. Notó que el pulso recobraba el ritmo normal. El ternero se pondría bien, igual que *Bella*. Se levantó, se quitó por fin ese pelo tan irritante que tenía en el ojo y les hizo una señal a Britt y a Otto.

—Es una ternera estupenda.

—Gracias, Jonas. —Britt se le acercó y le dio un abrazo.

Algo turbado, Otto le extendió una mano enorme.

—Gracias, gracias, lo has hecho muy bien —dijo zarandeando la mano de Jonas arriba y abajo.

—Bueno, es mi trabajo —respondió Jonas con una amplia sonrisa. Era tan satisfactorio que las cosas se arreglaran al final. No le gustaba que no se pudieran resolver los problemas; ni en el trabajo ni en la esfera personal.

Contento del resultado, sacó el móvil del bolsillo del chaquetón.

Se quedó mirando la pantalla unos segundos. Luego, salió corriendo en dirección al coche.

Fjällbacka, 1964

*L*os sonidos, los olores, los colores. Todo era apabullante y la aventura se respiraba en el ambiente. Laila iba de la mano de su hermana. En realidad, eran demasiado mayores para ello, pero Agneta y ella se daban la mano siempre que ocurría algo fuera de lo común. Y que fuera un circo a Fjällbacka no entraba, desde luego, dentro de lo normal.

Apenas habían salido de aquel pequeño pueblo pesquero. Dos veces habían ido a Gotemburgo para volver en el día, y eran los viajes más largos que habían hecho en su vida; el circo traía consigo la promesa de un mundo desconocido.

—¿Qué lengua hablan? —susurró Agneta, aunque habría podido gritar sin que nadie la oyera entre el gentío.

—La tía Edla dice que son de Polonia —susurró Laila a su vez, y le apretó la mano a su hermana.

—¡Mira, un elefante! —Agneta señalaba entusiasmada al enorme animal de color gris que pasó parsimonioso delante de ellas, guiado por un hombre de unos treinta años de edad. Se quedaron observando al elefante, tan bonito y tan espectacular y, al mismo tiempo, tan fuera de lugar en aquel campo de Fjällbacka donde habían montado el circo.

—Ven, vamos a ver qué otros animales tienen. Dicen que también hay leones y cebras. —Agneta tiraba de Laila, que la seguía resoplando y que notaba cómo el sudor le corría por la espalda y le empapaba el vestido de estampado veraniego.

Iban corriendo entre las caravanas que habían aparcado alrededor de la carpa, que ya estaban montando. Unos hombres fuertes en camiseta

trabajaban duro para que todo estuviera listo al día siguiente, cuando el Cirkus Gigantus daría su primera representación. Muchos habitantes de la comarca no habían podido esperar y fueron a ver el espectáculo del montaje. Y allí estaban, contemplando asombrados todo aquello, tan distinto de las cosas que estaban acostumbrados a ver. Salvo los dos o tres meses en que acudían los veraneantes y toda la animación que eso conllevaba, la vida cotidiana de Fjällbacka era bastante monótona. Los días se sucedían sin que pasara nada extraordinario, así que la noticia de la primera vez que un circo llegaba a la ciudad se difundió como un reguero de pólvora.

Agneta seguía tirando de ella en dirección a las caravanas, por una de las cuales asomaba una cabeza con rayas.

—¡Mira, qué bonita es!

Laila estaba totalmente de acuerdo. Era una cebra preciosa, con aquellos ojos grandes de largas pestañas, y tuvo que contenerse para no abalanzarse y acariciarla. Supuso que estaba prohibido tocar a los animales, pero era difícil resistir la tentación.

—Don't touch. —Una voz a su espalda las sobresaltó.

Laila se dio la vuelta. Nunca había visto a un hombre tan robusto. Allí estaba, delante de ellas, alto y musculoso. Estaba de espaldas al sol y ellas tuvieron que hacerse sombra con la mano para ver algo y, cuando sus miradas se cruzaron, fue como si a Laila la atravesara una corriente eléctrica. Fue una sensación que nunca había experimentado ni por asomo. Se sentía desconcertada y mareada, y le ardía la piel de todo el cuerpo. Se dijo que debía de ser el calor.

—No... We... no touch. —Laila trató de encontrar las palabras correctas. Había estudiado inglés en el colegio y había aprendido bastante de las películas americanas, pero nunca había tenido necesidad de hablar aquella lengua.

—My name is Vladek. El hombre le ofreció una mano callosa y, después de dudar unos segundos, ella se la estrechó y vio cómo su mano se perdía en la de él.

—Laila. My name is Laila. —Las gotas de sudor le corrían por la espalda.

Él repitió su nombre, pero en sus labios sonó extraño y diferente. Sí, en sus labios sonó casi exótico, no como un nombre corriente y aburrido.

–This... –*buscaba febrilmente en la memoria, y tomó impulso para atreverse— this is my sister.*

Señaló a Agneta, y el hombre la saludó a ella también. A Laila le daba un poco de vergüenza su inglés, pero la curiosidad le pudo a la timidez.

–What... what you do? Here? In circus?

A él se le iluminó la cara.

–Come, I show you. –Les indicó que lo siguieran con un gesto y echó a andar sin esperar su respuesta. Las dos hermanas lo siguieron medio a la carrera; Laila sintió que la sangre se le aceleraba por todo el cuerpo. El hombre dejó atrás las caravanas y la carpa y se dirigió a un vagón que estaba algo apartado. Más que un vagón era una jaula, con rejas en lugar de paredes. Dentro daban vueltas dos leones.

–This is what I do. These are my babies, my lions. I am... I am a lion tamer!

Laila no podía apartar la vista de los dos animales salvajes. Algo empezó a bullirle por dentro, algo aterrador y maravilloso a la vez. Y sin pensar lo que hacía, le dio la mano a Vladek.